CAPITULO XVIII

De la estancia de D. Quijote en la Seo de Urgel y de su entrevista con el Conde y relación que éste le hizo de sus desdichas.

Cuando D. Quijote vió aquellos castillos eminentes, sobre todo la torre de Solsona y la Ciudadela, pensó que verdaderamente tendría que habérselas con algún Obispo de la Edad Media, guerreador y andante, de aquellos que lo mismo llevaban la mitra á las Catedrales que la lanza de batallas, y entonces no sólo echó de menos á su escudero, sino á su gran caballo Babieca, heredero de las glorias de Rocinante, flaco y peloso como él, bravo como el caballo de Santiago, y sin el cual sería un guerrero de á pie, y había de parecer al Obispo de muy humilde condición.

Tranquilizóle sobre ello el Príncipe, diciéndole que él conocía bien á aquel Obispo, y que le había hallado muchas veces leyendo el libro de Cervantes: por lo que, al ver á D. Quijote en persona, no podía dudar de que, aun sin caballo, era caballero, y de medirle como á tal; tanto más cuanto que su Ilustrísima, á causa de cierta dolencia, no podía sentarse fuertemente, ni menos sobre caballería; de manera que le vendría muy bien tener el duelo á pie, espada en mano, sino prefería rendirse á discreción y entregar en capitulación los Estados de Andorra.

¡Qué me place! dijo D. Quijote: porque si he de esperar á que venga Panza con Babieca de reata, desde donde los dejé, y si éstos han de tardar quinientos años, como digisteis, en tan largo plazo es posible que no exista ya Obispo de Urgel, ni Panza, ni Babieca; dado que yo pueda quedar para contarlo.

Eso opino, respondió uno de los ayudantes

del Príncipe; que no hay que aguardar á escudero ninguno, y que cualquiera de nosotros hará de tal si fuera menester, y entre tanto bueno será que nos encaminemos todos al Palacio del antiguo Conde de Urgel, que enterado de que había de llegar el señor D. Quijote, le tiene preparado alojamiento.

¿Todavía vive el Conde de Urgel que hizo donación al Obispo de su señorío de Andorra? preguntó D. Quijote.

No vive, respondió el interpelado; pero sí un sucesor suyo, que tiene grandes y añejos agravios con ese Obispo; pues, según parece, después que su antecesor hizo la donación de sus Estados, semejante á la de Pipino á los Pontífices, llegó á tal la crueldad del Prelado, que le mandó sacar los ojos y le confiscó su hacienda privada, menos ese castillo, que está protegido por la Justicia celeste contra los detentadores; pues, apenas esbirro, soldado ó asaltante tratan de acercarse á él con intenciones expoliadoras, vomita fuego espontáneamente de sus almenas, y pone en vergonzosa fuga á los forzadores. Así que, primero el Conde con los ojos sacados y luego su hijo, y ahora su nieto ó tataranieto, se han albergado allí como único asilo que les quedó, á donde no pudo llegar la furia de su enemigo; y por ello vos podéis ir, pues que sois como un vengador de esa ingratitud y felonía, y este es el mayor agravio que podéis desfacer.

Oyó D. Quijote atentamente la historia de los Condes de Urgel y de aquel castillo maravilloso, y dijo que enseguida quería visitar al último Conde y ofrecerle su espada y ayuda; alabando la misión cuasi divina de los caballeros andantes, que en casos como estos pueden enderezar en una hora entuertos de luengos siglos, y hacer la justicia ejecutiva y sobrehumana que no alcanzan los jueces de la tierra.

Encamináronse, pues, hacia el castillo del Conde, que no era otro que el de Solsona; cuyo comandante militar, muy amigo de los del Veloz-Club que combinaban aquellas aventuras, y enterado de ellas, consintió en que uno se disfrazara de Conde de Urgel, con una gran peluca

blanca desgreñada y unas luengas barbas postizas que le llegaban á la mitad de la cintura y unas fuertísimas gafas ahumadas y una bata con sus cordones amarrados á la cintura, que parecía un hábito de San Francisco; el cual esperó así la llegada de D. Quijote, en una sala del castillo adornada adrede con las más viejas armaduras y los arreos militares más anticuados.

Llegó D. Quijote con el Príncipe y sus ayudantes, y quedó suspenso al ver al Conde de Urgel, que parecía propiamente ser aquel del siglo IX que hizo la donación; tanto más cuanto que aquellas gafas negras denotaban la ausencia de la visión, y semejaban puestas para encubrir las feas huecas de los arrancados ojos.

Aquí tiene Vuestra Excelencia, señor Conde, dijo el Príncipe, al ínclito y jamás vencido caballero D. Quijote de la Mancha, y aunque con esos ojos muertos no le pueda mirar, creo yo que con los del espíritu lo verá en la plenitud de su bizarría.

Dios sea loado, dijo el Conde,pues que puedo tener ante mí y, si no con ojos carnales, con los otros del alma inmortal y clarividente, contemplar al noble paladín que puedo llamar el Deseado; tanto anhelaba su llegada, y doy gracias á Vuestra Alteza, Señor Príncipe, por habérmele traído y guiado á este castillo del infortunio.

Yo soy, exclamó D. Quijote, el que debo loar al cielo por haber determinado ponerme en camino de venir á esta mansión, á ofrecer mi espada y mi ayuda al noble Conde de Urgel: que si es cierta, y no puedo dudarlo, la historia que me han contado de vuestras desdichas, es la más lastimera de cuantas llegué á escuchar de pechos doloridos, y merece por sí sola la más grande de todas las reparaciones.

Sí es cierta, Señor caballero, dijo el Conde, invitándole á tomar asiento en un sillón de baqueta como á los demás recien llegados en los respectivos suyos, y buscando él á tientas uno y asentándose cabe la chimenea, donde algunos tizones lanzaban resplandores rojizos, añadió: Esa historia la conocen todos en estas comarcas, y pues os la contaron no tengo duda de

que la han referido fielmente. Sólo he de añadir, por si olvidaron algunos detalles de ella, que mi bisabuelo, el último Señor de Andorra, Conde de todos estos lugares, que tenía este Castillo llamado entonces Castillo Hermoso, hallándose en peligro de muerte allá en el año novecientos de nuestra Era, determinó llamar al Obispo y éste, prometiéndole el perdón de sus pecados, consiguió de él la cesión del Imperio de Andorra. Pero, en vez de morir, sanó el moribundo, y dueño el Obispo ya de las plazas de armas y del dominio de aquel Imperio vastísimo, temiendo que de vivir el Conde pudiera pensar en recobrarlos, le mandó matar, prendiéndole sus esbirros y llevándole á lo más intrincado de los Pirineos, donde por lástima le dejaron con vida; pero arrancándole los ojos para que no pudiera volver á aquellos lugares y se encargaran las fieras de lo demás de su cuerpo.

Imaginad ¡oh valeroso D. Quijote! el dolor de aquel anciano, solo, manándole sangre las cuencas horribles de su faz, errante en las tinieblas como otro Edipo, pero sin los amables lazarillos de sus piadosas hijas... Así vagó por peñascos, yendo á tientas y á pique de caer por el borde de los derrumbaderos y abismos, clamando inútilmente auxilio en las noches, y en los días que eran también noches para él, y sin hallar á mano alimento alguno.

Tres días completos vagó de esta manera, por medio de las nieves, azotado de las ventiscas ó expuesto á ser devorado de lobos y osos en los espesos pinares. Pero, al cuarto día, cuando rendido de fatiga y de hambre se echó al suelo para morir, sintió suave calor en su rostro y como un beso húmedo en su mejilla, y luego que una ubre se le acercaba á la boca, que ansiosamente sorbió de aquélla el maná que destilaba. No podía ver lo que era, pero palpó y halló ser una gacela bienhechora, que como enviada del cielo le daba alimento y le calentaba con su vaho.

Así pudo reanimarse y alzarse del suelo; pero la gacela no le dejó de ningún modo, y antes bien aquella Antigona de la selva le guiaba,

apartándole de los peligros, llevándole por las sendas más practicables, hablándole con su quejumbrosa voz y dándole siempre el alimento de sus ubres. Por el día le separaba de las nieves y le conducía por sus pasos á los más apacibles sitios, y por las noches le hacía entrar en las cuevas ó huecarrones de aquellas montañas, donde ella por instinto sabía que no moraban los osos ni los lobos. El entendió bien pronto la voluntad de la gacela, pues con su balido le atraía, é iba delante de él como perro de ciego.

De esta manera bajaron de las riscas de los Pirineos á los valles, y de los valles pasaron á las llanuras, y entraron una noche en el viejo Castillo Hermoso: en éste en que os halláis y que dejó el Obispo desierto de servidores. Todo estaba en su lugar, y fácilmente pudo el Conde subir y recorrer sus estancias, guiando él entonces á la gacela. Allí vivieron la gacela y el Conde, sin ser notados; pero cierto lebrel de fino olfato que iba en una montería delató la existencia de la res, y entonces los cazadores, que eran de la servidumbre del Obispo, se acercaron y descubrieron y reconocieron al Conde, aunque sin ojos.

Súpolo el Obispo y mandó que buen golpe de su gente rodeara el castillo y entrara para dar muerte al anciano; pero, en el punto en que hacia aquí se dirigían, la gacela se transformó en la hija del Conde que éste creía muerta y que estaba recién parida y acompañada de su vástago, la cual le dijo que dejaba su figura de gacela para no ser descubierta más por galgos y podencos; que ella había por mandato divino tomado aquella forma para correr más velozmente hasta los Pirineos y libertarle, y que no tuviese cuidado alguno del Obispo; pues el cielo mismo tenía determinado que nunca pudieran aquel ni los suyos acercarse á tiro de ballesta al Castillo, y que éste se defendería solo, sin guerreros, vomitando fuego de sus almenas por todas las aspilleras y barbacanas, como si estuvieran guarnecidas de mosquetería y de cañones.

Eso sucedió, y fué que al acercarse las gentes de armas del Obispo comenzaron las almenas solas á disparar mortífero fuego, que ahuyentó á aquellos. Acudieron más y tampoco pudieron aproximarse á este Castillo, que parecía de pirotecnia; cayendo muertos muchos y otros heridos mortalmente. Seis veces se renovó la batalla y siempre tuvieron que huir los sitiadores. Y por fin, cuando el Obispo mandaba á alguno con siniestra idea, para que en la obscuridad penetrase y degollase al Conde, siempre un certero disparo de alguna aspillera desguarnecida le hacía caer muerto ó moribundo.

Así ha venido sucediendo en diferentes tiempos, y es que no hay mejor defensor que el brazo de la divina Justicia, ni ojo más certero que el ojo de la Providencia.

La gacela, ó séase la hija del Conde, había dado á luz su vástago que se convirtió en niño pero ciego, sin duda de tanto considerar ella y mirar con dolor la ceguera de su padre, y así hubo un sucesor de esta casa de Urgel y de sus derechos. Todos los vástagos hasta mí han sido varones, pero ciegos igualmente, y yo el último lo soy también, y como sólo entran aquí por divina permisión los que vienen como amigos ó aliados, ó con intenciones sanas, por eso habéis podido llegar á este salón de mis mayores, donde están todos sus trofeos; y porque he leido mucho de vuestras proezas y yo deseaba un caballero que recuperase de manos del Obispo el Imperio usurpado de Andorra, aunque pase á otros extraños y no á la casa de Urgel, por eso os llamé el Deseado y ahora os puedo llamar el Enviado del cielo.

Todo esto, dicho con la voz temblona propia de la decrepitud del Conde, conmovió á Don Quijote, tanto que levantándose de su asiento y poniendo la mano sobre la cruz de la espada de Hernán Cortés, juró al Conde que él recuperaría el Imperio de Andorra; aunque sentía no poder hacerlo para la casa de Urgel, por tenerlo prometido á otra nueva dinastía, ignorante del caso, y creyendo que los Condes de Urgel lo habían traspasado de grado y no *in articulo mortis*, por episcopales insidias. Pero además prometió al Conde que había de vencer y humillar á todos los ejércitos del Obispo, y

que había de traerle la cabeza de éste, por pérfido y traidor, si dejando á un lado lo de Obispo se le presentaba en palenque como guerrero.

Celebraron mucho entre sí los ayudantes el ingenio y la propiedad con que había referido el fingido Conde la historia de su antepasado y de la gacela y representado aquella escena con ademanes y voz de ciego ochentón, mientras D. Quijote se entretuvo con el Príncipe en mirar todas aquellas armaduras llenas de moho, de cuyos huecos habían desaparecido los cuerpos, cabezas, piernas y brazos de sus campeones.

Temiendo el Príncipe que D. Quijote tratara de cumplir su palabra al fingido Conde sobre llevarle la cabeza del Obispo de la Seo de Urgel, aprovechó aquella coyuntura en que curioseaban solos los trofeos del salón, para decirle que, aunque era verdad cuanto el Conde había referido, había de tenerse en cuenta que el Obispo que tales cosas hizo y que hubiera merecido que pusieran en la picota su cabeza, no era el que ahora vivía, como por mala inteligencia y confusión de fechas podía D. Quijote creer; sino el otro Obispo del año novecientos, á que la historia se contraía; y aunque el Imperio de Andorra fuera usurpado entonces, con el trascurso de más de mil años bien podía tenerse por borrada aquella mancha; cuanto más que todos los imperios del mundo adolecían de iguales ó parecidos vicios de origen, y si queríamos deshacerlos y reintegrar á sus legítimos dueños, los Reyes cristianos de España debían buscar á los sucesores de los Arabes, para devolverles sus reinos que les usurparon en la Reconquista; los Arabes buscar luego á los Visigodos, á quienes los quitaron con la invasión Sarracena; los Visigodos averiguar dónde estaban los Romanos, á quienes despojaron; los Romanos ir en busca de sus anteriores dueños los Cartagineses, y éstos de loss Fenicios, hasta llegar á Tubal y Tarsis, cuyos legítimos descendientes serían los verdaderos señores, á quienes había que hacer la restitución. Y, como se ignoraba dónde estaban esos nietos, tataranietos y últimos descendientes de los primeros pobladores de España, lo

mejor era dejar á cada uno lo que hoy tuviera; pues tan ilegítimo era esto, como dárselo á su anterior en despojo.

Quedó D. Quijote perplejo, oyendo este razonar, y pensando que en efecto los derechos del Conde de Urgel debían pertenecer en últimas á los descendientes de Tubal, y lo difícil que era encontrarles; pero resolvió el caso diciendo que hay diferencia de la conquista por la espada, que siempre ha sido un derecho y que se ajusta á las leyes de caballería, á la usurpación por una absolución *in articulo mortis*, que es lo que allí había acontecido; y que si este Obispo no era el usurpador mismo, gozaba de lo usurpado á sabiendas, y se hacía reo de aquel desafuero; á más de que de los pecados de los padres responden los hijos hasta la quinta generación.

El caso es, respondió el Príncipe, que este nuevo Obispo, que es amigo mío y al que tengo determinado presentaros, tampoco es hijo de aquel del siglo IX, al que se achaca ese desaguisado; y la sentencia de la Sagrada Escritura no reza con los que suceden en un cargo ó beneficio civil ó eclesiástico á sus antecesores que fueron culpables. Así que mejor que cortarle la cabeza será que le hagais vuestra demanda, y si no accede le reteis á ley de caballero, y si es vencido quede despojado de aquel Imperio que no le pertenece, y que por la ley de conquista vendrá á ser vuestro, y respetéis siempre aquella cabeza, de la que no pueden separarse lo sacerdotal de lo marcial.

A lo menos, dijo D. Quijote, el dedo índice de la mano derecha sí he de quebrarle.

¿Cómo es eso? preguntó el Príncipe con extrañeza.

Porque en él, respondió el caballero, lleva el anillo Pastoral, y prometido he á Dulcinea ir quitando á las enemigos vencidos estos anillos de *æquites*, para irlos reuniendo, hasta aportar al matrimonio con mi dama tantos miles de fanegas de sortijas, como ella tiene ya recogidas de igual modo.

Tampoco habrá necesidad de aquello, objetó el Príncipe; porque, si siendo vencido, él os entrega no sólo el Imperio sino el anillo también,

podéis dejarle el dedo sano y en su lugar, pues fanegas de sortijas y no de dedos es lo que habéis prometido acaparar.

Sea como lo decís, exclamó D. Quijote, que aquel día estaba de buenas; con tal de que el Conde me levante mi palabra empeñada de traerle la cabeza del Obispo.

Tal lograré, respondió el Príncipe; pero antes de la declaración de guerra, quiero yo que conozcáis y tratéis á ese Obispo, que es hombre forzudo, y creo que en su juventud debió tirar mucho á la barra y jugar á la pelota, según lo desarrollado de sus brazos. El se holgará también de veros, y puede ser que, sin choque ni derramamiento de sangre, lleguéis los dos á un razonable acomodo; y yo intercederé con el Conde, según dejó ofrecido, para que haciendo diferencia entre el Obispo que expolió á su progenitor y quiso asesinarle, y este que se lo encontró todo hecho há mil años, se contente con que sea vencido y humillado por vos y desposeído de su Imperio, sin el aditamento de la cabeza, que tampoco el Conde podría ver ni reconocer, por ser ciego de nacimiento.

Consintió D. Quijote, y, consultado el caso con el Conde, éste levantó la palabra al caballero, rogándole que, pues el de que se trataba no era el Obispo de hacía más de mil años, ni el culpable de aquellos crímenes, no se le cortara la cabeza; sino sólo se le venciera y desposeyera, entregando el Imperio de Andorra á Juan Panza, á quien D. Quijote lo tenía prometido.

Comieron alegremente todos en casa del Conde y éste, con su voz temblorosa y acabada por los años, brindó por el caballero, que había llegado empujado por el destino, para enderezar en lo posible aquel antiguo entuerto; exigiendo á D. Quijote que impusiera por condición al Obispo, luego que le venciera, que dejase ir y venir libremente fuera del Castillo á los Condes de Urgel; porque ahora sólo podían vivir dentro, por la natural defensa que en aquel castillo tenían del cielo, sin que les fuera dado trasladarse á otros puntos sin correr riesgo de la vida.

Todo lo aseguró D. Quijote, bajo su palabra, diciendo que era preciso deshacer aquel tuerto á todo su poderío, y el Príncipe quedó en ir de mensajero al palacio Episcopal, para solicitar la entrevista de aquél y el Prelado, en sitio neutral, cada uno acompañado de dos ayudantes; donde había de parlamentarse sobre el nuevo caso de guerra, que con la presencia del caballero sobrevenía.